CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al Gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quixote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le traduxo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el Moro de sí mesmo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quixote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el

de su autor, y que, por huir deste inconveniente, habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fuéron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mesmo Don Quixote, que no podian dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas, ó con priesa, ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el qual se mostrara bien al descubierto quando, por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quixote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su tra-

bajo y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir: y luego prosigue la historia, diciendo que en acabando de comer Don Quixote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apénas se los hubo dado, quando se le cayéron y viniéron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiráron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quixote, y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviáron á Sancho con mucho acompañamiento al Lugar, que para él habia de ser Ínsula. Acaeció pues que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el qual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donayre que queda referido, y con esto y con ir industriado de sus señores de como se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose á su

señor, le dixo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quixote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dixo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo, implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de véras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denántes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dexaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dixo Don Quixote, y darásme aviso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

de todo lo que en este caso decubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo Letrado, y encima un gaban muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la gineta, y detras dél, por órden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de quando en quando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el Emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo, y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo ménos deplegarás los labios con risa de ximia, porque los sucesos de Don Quixote, ó se han de celebrar con admiracion, ó con risa. Cuéntase pues que apénas se

hubo partido Sancho, quando Don Quixote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el Gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de que estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfacion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que Vuestra Excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á Vuestra Excelencia, que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que no ha de ser así, que le han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió Don Quixote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacer-

me merced, sin yo merecerla, déxeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad: y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que Vuestra Alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor Don Quixote, replicó la Duquesa: por mí digo, que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quixote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes, es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, como y quando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero,

y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro Gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. Á lo qual dixo Don Quixote: vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea, por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas eloqüentes de la tierra. Agora bien, señor Don Quixote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió Don Quixote, porque osaré jurar á Vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. Á eso se puede imaginar, respondió la Du-

quesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal y que mas le traia desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quixote á la Duquesa, y en cenando, Don Quixote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ó desgracia indigna de tal persona! se le soltáron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen

señor, y diera él, por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dixo: ¡ó pobreza, pobreza! no sé yo con que razon se movió aquel gran poeta Cordobes (1) á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque Moro, bien sé por la comunication que he tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores Santos: tened todas las cosas como si no las tuviésedes (2), y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza, que eres de la que yo hablo,

(1) Este gran poeta es Juan de Mena, que en la copla CCXXVII de sus *Trescientas* dixo:

Oh vida segura la mansa pobreza!
Oh dadiva sancta, desagradecida!

pensamiento que tomó de Hesiodo, que en su poema de las *Obras y los Dias*: vers. 717 y 18, llamó á la pobreza: *dadiva de los dioses immortales*.

(2) *S. Pablo.*

¿ porque quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente(1)? ¿ Porque los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿ Porque sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió : miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes, con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos : miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo

(1) Coincide con este pensamiento lo que el mismo Cervantes dixo en la comedia *De la Gran Sultana Doña Catalina de Oviedo :* Jornada III, pag. 132 :

Hidalgo, pero no rico :
Maldicion del siglo nuestro,
Que parece que el ser pobre
Al ser hidalgo está anexo.

del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dexado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la inreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolixa estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir : levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin : púsose á escuchar atentamente, levantáron la voz los de abaxo, tanto que pudo oir estas razones.

No me porfies, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miráron, yo no sé cantar, sino llorar, quanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesa-

do, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto, si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dexarme (M) escarnida. No des en eso, Altisidora amiga, respondiéron, que sin duda la Duquesa y quantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono baxo y suave, al son de tu arpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echarémos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara que mancilla en corazon: y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo qual quedó Don Quixote pasmado, porque en aquel instante se le viniéron á la memoria las infinitas

infinitas aventuras semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer, y, encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegráron las doncellas, que otra cosa no deseaban, sino que Don Quixote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este Romance:

O Tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de olanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana,
Caballero el mas valiente
que ha producido la Mancha,
mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia:
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,

que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas;
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia,
ó en las Montañas de Jaca?
¿Si sierpes te diéron leche?
¿si á dicha fuéron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera (x) brava.
Por esto será famosa
desde Henáres á Xarama,
desde el Tajo á Manzanáres,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
¡O quien se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte,
que á una humilde esto le basta.
¡O que de cófias te diera,
que de escarpines de plata,
que de calzas de damasco,
que de herreruelos de olanda!

¡Que de finísimas perlas,
cada qual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas (1)!

---

(1) Con la exâgeracion del tamaño de estas perlas, llamadas irónicamente las *solas*, acaso aludio Cervantes á la perla llamada la *Peregrina*, la *Huerfana*, ó la *Sola*, por no tener compañera, que tenian los Reyes de España vinculada en la Corona. Se pescó el año de 1515, en el mar del Sur en el Darien en la isla Terarequi: compróla el señor Pedrarias, de quien descienden los condes de Puñonrostro: por su muerte paró en poder de Doña Isabel de Bobadilla, de la casa de los condes de Chinchon, despues en el de la Emperatriz Doña Isabel, y desde entonces permanecio en el de nuestros Reyes, hasta que en el incendio del palacio de Madrid se consumio, con otras alhajas preciosísimas, el año de 1734. Era tan estimada, por su magnitud, por su buen oriente, por su mucho lustre, blancura y diafanidad. Tenia la figura de una cermeña, ó perilla: ancha por la parte inferior, y muy angosta por la superior. Describela Manuel Mayus, platero de Carlos II que, haciendo tambien de etimologista, dice que la palabra castellana *perla* se deriva de la latina *pirula*, que significa la cermeña, ó la perilla, de cuya figura son por lo comun las perlas, aunque las hay tambien redondas. Con efecto suprimida la *u* de *pirula*, queda *pirla*, y de aquí *perla*; y aun se pudiera añadir que la voz *perilla* viene igualmente de *pirula*. Pesaba la *Peregrina* cincuenta y cinco quilates febles, cuyo valor (*tasado cada grano de peso ó de medida de perla redonda ó de perilla*, como dice Mayus, *á cinco reales de plata*) importó 445000210 reales vellon. Con esta tasa corrige este artifice al cronista Antonio de Herrera, y á Don Juan de Solorzano, que hablan desta perla á quienes cita. (*Decada IV*, lib. 6, cap. 12. *Política Idiana*:

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron Manchego del mundo,
ni le avives con tu saña (1).
Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca, ni soy coxa,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pie por el suelo arrastran.

---

lib. 6, cap. 4, fol. 950.) Dexó de ser sola la Peregrina ó la Huerfana, porque en el año de 1691. (dice el referido platero) se pescó en el mismo parage del Darien otra perla tan grande como ella con poca diferencia, de que no podia tener noticia Cervantes. La qual vino á poder de Don Pedro de Aponte, conde de el Palmar, natural de las Canarias, que viniendo á España se la regaló à Carlos II, que en recompensa le hizo algunas mercedes. Era tambien de la hechura de una cermeña ó perilla, pero no de tanto oriente, blancura, ni diafanidad: pesaba quarenta y nueve quilates fuertes: llamabanla la compañera de la Peregrina. Quando estaba sola la Peregrina se servian de ella los Reyes en ocasiones de gala y de regocijos públicos, despues se guarnecieron ambas para que sirviesen de arracadas á las Reynas. (*Biblioteca Real, est. X, cod.* 21.)

(1) Alúdese aquí al romance antiguo, que empieza:

Mira Nero de Tarpeya
A Roma como se ardia:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia.

Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios,
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo ménos que mediana.
Estas y otras gracias mias,
son despojos de tu aljaba:
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quixote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que nó ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿Que la quereis, Reynas? ¿Á que la perseguis, Emperatrices? ¿Para que la acosais, doncellas de á catorce á quince años? Dexad, dexad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfe-

ñique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linage: para ser yo suyo y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama por quien me aporréaron en el castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honestó, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dexarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso Gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡O perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras (1)! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones (2). Á ti digo,

(1) Con el calor del sol se excita la sed, que para satisfacerla obliga á refrescar el agua con la nieve, que se derrite con el *meneo dulce de las cantimploras.*

(2) En este lugar parece imitó Cervantes á Horacio, que hablando del sol dice:

Alme Sol, curru nitido diem qui
Promis et celas, aliusque et idem